

Osama Bin Laden, El banquero del terror

Walter Goobar
Editorial Sudamericana

A mis hijos Marcelo, Martina y Tomás
A mis padres, Norma y Marcos

PROLOGO

Este libro comienza con el consejo de familia que se llevó a cabo el primer fin de semana después de los atentados del 11 de setiembre en la ciudad de Cannes. Allí tres hermanos de Osama Bin Laden se reunieron para evaluar las posibles consecuencias que cuatro mil muertos tendrían para los cinco mil millones de dólares de su imperio financiero. El libro termina con el último y furtivo encuentro entre Osama Bin Laden y el jeque Omar, líder de los talibán, bajo una lluvia de misiles.

Los mitos y las historias verdaderas sobre Osama se arremolinan en la imaginación de millones de seres humanos como el humo que brotó de las Torres Gemelas después que se desmoronaron ¿Quién es ese hombre? ¿O tal vez a esta altura sería más correcto preguntarse quien era ese hombre?

Un hijo extraviado de la versión saudita del Islám o simplemente `el hijo de la esclava´; el adolescente de pantalones Oxford o el putaño de Beirut; un musulmán piadoso o un comodín al servicio de la CIA; el banquero de Alá o un cuentapropista del terror. La vida de Bin Laden se reconstruye en base a retazos. De pronto es una fotografía antigua, una infidencia familiar, un informe de inteligencia, que va llenando los huecos. Las leyendas llenan los vacíos de información, pero el verdadero Osama Bin Laden es más interesante que muchas de las fantasías que lo rodean. ¿Quién es ese hombre? ¿O quien era ese hombre?

Para el gobierno de los Estados Unidos, el millonario saudita de 44 años de edad es -o era- uno de los mayores criminales de esta época, el fundador y el líder de una organización terrorista -Al Qaeda o La Base-, que en una década ha entrenado más de 5.000 terroristas en Sudán y Afganistán y los ha repartido en medio centenar de países. Una de sus bases está en la Triple Frontera -entre Argentina, Brasil y Paraguay-, donde sus células durmientes colaboran con las del Hezbollah libanés, acusado de haber perpetrado los ataques contra la AMIA y la embajada de Israel, en Buenos Aires. Su fraternidad

tentacular no tiene fronteras, y sus fieles no son mercenarios interesados, sino idealistas dispuestos a cualquier sacrificio. Para los talibán que gobernaron Afganistán desde 1996 hasta noviembre del 2001, Bin Laden era un aliado político y espiritual, además de una fuente de recursos económicos que terminó convirtiéndose en un lastre mortal.

Osama también es -o era- un padre de familia que llevaba a sus cuatro mujeres y 16 hijos de refugio en refugio, trasladándose cada una o dos noches, con decenas de guardaespaldas e inclusive algún doble en una caravana de Toyotas artilladas con lanzacohetes. Nació fabulosamente rico pero eligió vivir en cuevas en el desierto. No pretende ser un intelectual, pero ha sido el autor intelectual del asesinato en masa perpetrado el 11 de setiembre. Aunque niega todo, al mismo tiempo Bin Laden admite todo. Lo han expulsado de su familia, de su país y de su religión y a pesar de eso se ha convertido en un símbolo para millones de personas porque su Guerra Santa canaliza el creciente sentimiento antiamericano en el mundo islámico: los musulmánes moderados o liberales odian a Estados Unidos porque apoya a regímenes corruptos y dictaduras, mientras que los fundamentalistas islámicos o de izquierda, lo odian porque apoya a Israel. A su vez, el mantenimiento de estos regímenes corruptos presupone no solamente la miseria del Tercer Mundo, sino también la creciente inseguridad en todas partes. A fuerza de crear palestinos en todo el planeta se termina viviendo en la inseguridad permanente como le pasa a los israelíes.

Su rostro está en todas partes y en ninguna: Bin Laden es parte de la Arabia feudal y aristocrática. Está rodeado de árabes muy sofisticados que vienen de países ricos del Golfo y de Medio Oriente y estudiaron en universidades de Estados Unidos, del Reino Unido y de otros países occidentales. Conocen muy bien las dos mentalidades, la occidental y la islámica, y están trabajando para convertir a Osama en un Ramz Islami, un símbolo islámico, un héroe.

Como todas las élites que aspiran a convertirse en clase dominante, buscan el favor de un sector significativo de la población. Para eso el Corán no basta. Menos aún cuando se trata de la versión saudita que es la más rígida, reduccionista y simplista. Su lectura del Corán se sitúa en el otro extremo de la interpretación universalista del mensaje del Islám.

Como la revolución islámica iraní, que nunca puso en discusión el capitalismo, Bin Laden y Al Qaeda quieren empujar a las masas para destronar las monarquías corruptas y remplazarlas con una república teocrática. El problema es que este ejército secreto puede ejecutar operaciones espectaculares pero carece de una base social que les permita transformar el acto terrorista en la toma del poder. Para Osama el terrorismo es la continuación de la política por otros medios, los de comunicación: sólo se comunica con sus simpatizantes a través de esos medios y pretende sustituir su falta de inserción social por la emoción que suscitan las imágenes televisadas.

Pero la fuerza del terrorismo, que reside en el efecto sorpresa, demuestra su debilidad cuando llega el momento de recoger los beneficios políticos con los que contaba. Por el contrario, el ataque del 11 de setiembre le proporcionó a su enemigo George W. Bush la misión que necesitaba para cotizar la presidencia más deslucida y cuestionada de la historia. Esto demuestra que Bin Laden no es un héroe por sus ideas, sino por la ausencia de ideas de los demás. George W. Bush tiene razones de sobra para querer la cabeza de este ex-aliado devenido hoy en "el terrorista más peligroso del mundo". La trama secreta de las relaciones de Bin Laden con Washington aporta claves para entender porqué a Estados Unidos le ocurre una vez más lo mismo que al doctor Frankenstein: se horroriza por la criatura que creó. "Bin Laden -dice la escritora hindú Arundhati Roy- no es otra cosa que el secreto familiar de América. Es un doble siniestro del presidente americano. Es el hermano gemelo salvaje de toda esa gente que pretende ser maravillosa y civilizada."

Osama Bin Laden no surgió de repente como un genio de una lámpara mágica, sino que "ha sido esculpido a partir de la costilla sacada de un mundo llevado a la ruina por la política exterior norteamericana: por sus bárbaras intervenciones militares, su política de dominio imperial, su fría indiferencia hacia las vidas que no sean norteamericanas, su apoyo a regímenes dictatoriales y despóticos, su implacable agenda económica que ha masacrado las economías de los países pobres como si fueran una nube de langostas", señala Roy en un artículo titulado "El álgebra de la 'justicia infinita'".

Bush y Bin Laden no sólo se han prestado sus armas, sus bombas, su dinero, sus drogas sino que hasta comparten la misma retórica: cada uno de ellos se ha referido al otro como la cabeza de la serpiente. Ambos invocan a Dios y emplean la desgastada y milenaria moneda del Bien y del Mal como términos de referencia recíproca. Ambos - dice Roy-, "están involucrados en crímenes políticos inequívocos. Ambos están peligrosamente armados, uno con un arsenal nuclear de una obscena capacidad de destrucción y el otro con el poder incandescente y también destructivo que la más absoluta desesperanza. La bola de fuego y el trozo hielo. El mazo y el hacha. Lo más importante para todos es tener muy presente que ninguno de los dos constituye una alternativa aceptable".

Si uno mira el presente como si fuera el pasado, se convierte en un cuento. La de Bin Laden es una historia de guerreros: los nuevos lobos del poder político y económico que habitan en un mundo sin reglas de juego. Para ellos la economía contemporánea es una fé común que se resume en la frase: "In God we trust" (En Dios creemos), ese símbolo del capitalismo universal que no reconoce fronteras, razas ni religiones que es el billete de un dólar. Para defender su fé estos nuevos lobos del poder político y económico recurren a cualquier método, inclusive al terrorismo o a la guerra. Con su vulgar mesa ovalada y sus sillones tapizados en rojo, la sala del Consejo Nacional de Seguridad de los Estados Unidos parece la

oficina de reuniones de cualquier empresa multinacional. Sin embargo, fue allí entre esas paredes donde Kennedy previó el estallido de la Tercera Guerra Mundial, durante la crisis de los misiles; donde Johnson decidió enviar medio millón de americanos a Vietnam; donde Nixon proyectó la caída de Salvador Allende y el reconocimiento de China, donde Reagan dió su aprobación a las operaciones del Iran-contras y la entrega de misiles Stinger a Bin Laden; donde George Bush padre dió el OK para invadir Panamá y para lanzar la ofensiva contra Irak durante la Guerra del Golfo y donde Bush hijo decidió bombardear a los talibán con quienes había estado negociando en secreto hasta pocos días antes del ataque terrorista del 11 de setiembre. Pese a las violaciones de los derechos humanos, el embriagador olor del petróleo lo había persuadido que los talibán seguían siendo los más apropiados para mantener el orden en ese país clave para los intereses estadounidenses.

En su incapacidad de imaginar a un enemigo distinto a sí mismos, no es extraño que Bush y el Pentágono hayan recurrido a guionistas de Hollywood para divinar cuales serían los próximos pasos de Bin Laden. Desde el punto de vista del imaginario colectivo y cultural de los estadounidenses, Bin Laden tiene mucho en común con el villano de las series de televisión: un supermillonario cuyo objetivo es destruir el mundo civilizado, se esconde en guaridas subterráneas y maquina planes diabólicos que son ejecutados por redes misteriosas. "Archienemigo", "genio del mal", "cerebro criminal": Bin Laden es el heredero legítimo de la leyenda del cómic y de la perdición de Superman, Lex Luthor. La gran diferencia es que Luthor nunca mató a nadie.

"Este lugar puede ser bombardeado," le advirtió Bin Laden al periodista Hamid Mir que escuchaba el fuego de artillería durante la entrevista que le concedió al mes de comenzados los bombardeos norteamericanos. "Y nos van a matar. Nosotros amamos la muerte. Estados Unidos ama la vida. Esa es la gran diferencia entre nosotros".

Walter Goobar
Noviembre, 2001